



los aguaceros que los buques se empavesaran, dispuso que, durante las horas de los oficios se disparasen salvas en honor de María, concebida sin pecado.

El 9 continuaba la lluvia, y como la humedad, la forma de las nubes y el ambiente recordaban á los españoles el mes de Octubre en Andalucía, y las llanuras que se divisaban les traían también á la memoria su cara patria, puso el almirante á esta isla, cuyo nombre primitivo diversificaban los indígenas, el de Española. Unos la llamaban Bohío, que en lengua de aquella tierra significa *gran mansión*; otros, en ménos número, Haití, que quiere decir *tierra alta*, y la mayor parte Quisqueya, palabra que sirve para expresar *tierra grande* ó *gran todo*, porque los naturales no conocían otra más extensa. Los de Castilla la llamaron bien Hispaniola, ó sencillamente y por abreviar, la Española.

El 12 de Diciembre consagró él almirante su toma de posesión con un signo propio de su piedad, haciendo clavar en presencia de las dos tripulaciones, en un sitio elevado, á la boca de la ensenada, una cruz de gran tamaño, no sólo para hacer constar los derechos de Castilla y el acto habido, sino principalmente *por señal de Jesucristo Nuestro Señor, y honra de la cristiandad* (1).

Seis días hacia ya que procuraba relacionarse con los indígenas; pero éstos, cuyas habitaciones estaban en lugar apartado, y de manera que sus huéspedes pudieran ver venir á lo lejos á las gentes, huían no bien se acercaban los extranjeros. Después de las ceremonias religiosas lograron los de Colon apoderarse de «una muchacha muy hermosa, que tenía puesto en las narices un arete de oro,» lo cual era de buen augurio. Conversó con los indios de las carabelas, pues su habla le era conocida, y el almirante mandó que la vistieran á la europea, y adornada con bujerías venecianas, cascabeles y sortijas de latón, la devolvió á los suyos en compañía de tres naturales de los que venían en los buques para que se avistasen con

(1) Miércoles 12 de Diciembre.

miedo á seguir la jóven hasta su cabaña, y volvieron á bordo á las tres de la madrugada.

Envió el almirante á tierra nueve hombres armados, resueltos é inteligentes, con un indio por intérprete, los que debían reconocer el país y entablar tratos con los naturales. Encontraron á cuatro y media leguas de la orilla una aldea desierta, pues al divisarlos sus moradores tomaron la fuga, después de ocultar lo que poseían, y como el intérprete los siguiera, gritándoles con grandes voces que volviesen, que los cristianos no eran canibas, sino que venían del cielo y daban cosas muy hermosas, poco á poco se fueron acercando, y en número de más de dos mil rodearon á los españoles, contemplándolos con veneración y asombro. Sacaban de sus casas los mejores alimentos para ofrecerseles, y en esto se adelantó un gran golpe de ellos conduciendo en hombros á la mujer que había recibido los presentes de Colon, una parte de los cuales traían con gran ceremonia, conducidos por el afortunado marido, que iba á las carabelas á dar las gracias al jefe de los hombres celestes. El intérprete, habiendo creído oír á bordo que el almirante deseaba un loro enseñado, expresó su deseo, y en seguida se los trajeron de todas partes, sin aceptar nada en cambio.

Los europeos, al tornar con este cortejo, pudieron ver en su camino magníficos campos cultivados, más frondosos aún que los de Córdoba, pues á pesar de ser á mediados de Diciembre, los árboles estaban verdes y cargados de frutas, y la hierba tan alta y lozana como en Castilla en el mes de Abril; sin embargo, no se notaba ninguna apariencia de oro.

El viénes se puso el almirante de nuevo en demanda de la isla Babeque, tan preconizada por los indios en cuanto al precioso metal; pero las contrariedades del viento le llevaron á la de la Tortuga, fértil, bien cultivada, y que recordaba, aunque confusamente, la campiña de Córdoba.

El 16, al acercarse Colon á la Española, dió con una canoa conducida por un indio. Admiróle la audacia del insular que en aquel frágil barquichuelo afrontaba un viento muy recio, lo recogió con su pequeña embarcación, lo col-



mó de halagos, le dió cuentas de vidrio, sortijas y cascabeles y lo hizo poner en la playa cerca de donde vivía. Después echó el ancla en un puerto cercano que llamó de la Paz y esperó.

Lo que había previsto el virey se realizó al instante. El indio, mostrando los regalos desconocidos, convocó en torno suyo á sus compatriotas, elogiándoles la magnificencia de los hombres venidos del cielo; pero no tuvo la suerte de cogerlos de nuevas, pues ya eran sabedores de la llegada de los viajeros celestes, que iba cundiendo de una en otra aldea. Más de quinientos insulares se dirigieron á los buques, y entre ellos algunas mujeres de singular belleza, que traían en las orejas y narices laminas de oro fino que se apresuraban á dar, no teniendo sobre sus personas otra cosa que ofrecer. Recomendó expresamente Colon que se les tratara con la más grande afabilidad, y como si fueran ya cristianos, «porque son, escribía á los reyes, las mejores gentes del mundo, y sobre todo, porque tengo una grande esperanza en nuestro señor de que SS. AA. los harán cristianos á todos» (1).

Según Las Casas, en aquel momento «creía el almirante que estaba muy próximo á los parajes, en que la tierra ocultaba sus más cuantiosos tesoros, y que el Señor le había de mostrar donde nasce el oro» (2).

El 18 de Diciembre, desde el alba, el almirante, fiel en su devoción á la Virgen, hizo empavesar las dos carabelas, y saludar con la artillería el día en que la piedad de los españoles conmemora la anunciación en la Iglesia de nuestra señora de la O (3). Después, á la hora de visperas, llegó el jóven rey del país en un palanquin, escoltado de una guardia de honor de doscientos hombres, y acompañado de dos graves personajes, tal vez sus ministros ó consejeros. En aquel momento Colon comía en su cámara, pues el monarca no quiso que se le previniera de su visita. Entró con aire resuelto

(1) Domingo 16 de Diciembre.

(2) Lunes 17 de Diciembre.

(3) Esta Iglesia, construida sobre una montaña, cerca de Segovia, se llama Nuestra Señora de la O, á causa de los peñascos que la rodean en forma de una O. no muy ovalada.

en el salón, se dirigió al almirante, lo saludó cortesmente, tomó asiento á su lado, con un ademán hizo que se retirasen sus guardias, que obedecieron con muestras de profundo respeto, y no retuvo á su lado sino á los personajes importantes que se colocaron á sus pies.

El almirante lo mandó servir en seguida, creyendo que se convidaba á comer; pero él no hizo otra cosa que gustar con los lábios lo que se le ofrecía, y eso como para contestar al cumplido; y envió el resto á los que venían con él. Al levantarse de la mesa, hizo ciertas señales á uno de los suyos, y le trajo un cinturón adornado con dos láminas de oro, de un trabajo delicado, que ofreció al almirante, quien luego de aceptarlo y darle las gracias, le enseñó la carabela, y lo condujo á su camarote, donde, como observase que miraba el rey con ojos de envidia la colcha de su cama, se la dió, junto con un collar de gruesos granos de ámbar, que tenía al cuello, unos borceguies encarnados y un tarro de esencia de azahar, esperando conciliarse con estos presentes su benevolencia, y atraerlo mejor al cristianismo.

Mostróle Colon el Crucifijo y los retratos de los reyes de España, y le habló de su grandeza y poder; mas el monarca y sus ministros creían que los estados de estos soberanos estaban en el cielo y no en la tierra. Cuando el rey bajó á su canoa se le tributaron los honores militares.

No bien hubo partido, vino á bordo su hermano, con aspecto pusilámne y servilmente obsequioso á mendigar baratijas, y por él se supo que en el idioma del país se llamaban caciques los monarcas. Si el almirante no pudo obtener aquel día mucho oro, oyó al ménos hablar mucho de él, y un viejo indígena tuvo con él conversacion de cierta isla «de oro,» y de otras partes en que este metal abundaba, hasta el punto de que no había más trabajo que el de cogerlo: lo fundían y lo hacían barras.

No quiso partir Colon sin honrar también allí el emblema de la Redención, y así mandó construir una cruz grande y la colocó en el centro de la aldea para familiarizar á sus habitantes con su vista. Y tan gustosos vinieron en ello los indios, que se arrodillaron delante





del símbolo sagrado, cuya significación ignoraban, procurando imitar los movimientos y las palabras de los españoles durante las oraciones. Á juzgar de lo porvenir por tan felices disposiciones, Colon «esperaba en Nuestro Señor que todas aquellas islas serian cristianas» (1). En la noche del día siguiente se hicieron á la vela para proseguir el reconocimiento de la costa de la Española y doblaron al otro varios cabos, dando vista á excelentes ancladeros.

El viérnes 21 de Diciembre descubrió el almirante una rada que excedía á las precedentes. No fué necesario llamar á los indígenas, pues ya la fama les precedía. Á eso de las diez de la noche una canoa llena de curiosos impacientes atracó á una carabela, y al otro día una multitud cubria la playa. Hombres y mujeres ofrecían á los españoles oro, calabazas con agua fresca y pan de ñame, de grato paladar, pero no parecían poseer gran cosa. «Todos estaban desnudos, como al salir del vientre de sus madres,» y por lo tanto recomendó la mayor decencia con aquellos inocentes hijos de la naturaleza.

Con reiterados mensajes pidieron al almirante visitara una aldea vecina ántes de irse, y como se encontraba en su camino, fué á ella. El cacique, que habia salido á su encuentro, esperaba en un otero rodeado de su séquito é infinidad de sus vasallos. Todos rogaban al jefe de los viajeros celestiales que no se fuera y permaneciese á su lado, como asimismo los enviados de otro cacique, que llegaron á suplicarle suspendiera la partida hasta que su amo hubiese podido verlo, en lo que vino gustoso. Tenía preparado el cacique gran cantidad de viveres, y despues de cargar con ellos á las embarcaciones españolas, sus súbditos quisieron á su vez abastecerlos y regalarles loros. Pedían con gritos descompasados que el almirante no se fuera, y como lo viesan embarcarse, á pesar de sus instancias, lo siguieron en canoas á sus buques. Tratólos Colon cariñosamente, y dióles cuentas de vidrio, sortijas de cobre y cascabeles, no porque ellos lo importunasen por tenerlos, como dice Las Casas, sino

(1) Mártes, 18 de Diciembre.

«porque le parecia conveniente y los consideraba ya como cristianos.»

Es indudable que el anuncio de estos extranjerios maravillosos preocupaba los más apartados pueblos de la isla, porque durante la corta ausencia del almirante, un cacique de la parte O. vino en derechura á bordo para visitarlo, y la víspera otro, que residía á tres leguas de distancia, llegó para hablarle de oro.

El sábado 22 de Diciembre, el señor más poderoso del país, el gran cacique Guacanagari, magnate jóven y de gentil apostura, deseando á su vez conocer á los hombres venidos del cielo, envió á uno de sus primeros vasallos para invitar al almirante trajese sus buques cerca de su residencia y ofrecerle un cinturón, del cual pendía, á guisa de limosnera, una máscara de madera ligera, pero cuyas descomunales orejas, lengua y ojos eran de oro puro. El enviado no comprendía apénas el habla de los indios de San Salvador, y á éstos les sucedía otro tanto con él, lo que hizo que pasáran una parte del día en interpelarse inútilmente, siendo necesario que Colon aclarase sus equivocaciones recíprocas y adivinara por sus ademanes el objeto del mensaje. Al día siguiente era domingo, y á pesar de que Colon, como muy bien observa Las Casas, «no tuviera la costumbre de aparejar en él, no por superstición, sino por piedad,» decidió salir á la mar, á fin de mostrar el signo de la redención en aquellas orillas en día que pertenece al Señor, «á causa de la esperanza que conservaba de que se tornaran cristianos.» Á las doce de la mañana más de ciento y veinte canoas cargadas de indios rodearon las carabelas, llevando cada uno su pequeño presente.

Como el viento faltó, y el almirante no pudo trasladarse á la residencia de Guacanagari, envió en las embarcaciones al notario real y varios oficiales, para saludarlo de su parte. En este tiempo un cacique inferior vino á la *Santa María*, anunciando que en aquella isla existía mucho oro, que venían á comprarlo de las naciones vecinas, y que tendrían tanto como quisieran. Conmovido el virey con tal noticia, y lleno de esperanzas dió por ello gracias de todo corazón al Señor; mas como si quisiera re-



primir su casi mundano regocijo, hizo acto continuo sumision de su voluntad á la de Dios, y escribió con edificante resignación en su Diario, que «Nuestro Señor, que tiene en sus manos todas las cosas, vea de remediar y dar como fuere su servicio» (1).

Una irresistible curiosidad impelia á los pueblos de la ribera, pues más de mil indios habian venido en canoas, llevando todos regalos, y á falta de sitio sobre quinientos se arrojaron á nado, para ver á los extranjerios celestiales: tambien acudieron cinco caciques con sus familias, á los cuales como á todos dió regalos el almirante, teniéndolos por bien empleados.

Las nuevas de oro se confirmaban más y más: algunos de los indígenas hablaban á Colon de las minas de la isla, y un natural, que pareció simpatizar con él por un movimiento espontáneo, le indicó muchos sitios que lo producian, señalando entre otros á Cibao (el almirante creía que quería decir Cipango), cuyo cacique tenía una bandera de oro puro. Este país estaba léjos aún, y decia él hácia el E. Colon presentia que se acercaba á las minas auríferas, y conmovido y sediento de riquezas rogaba á Dios fervorosamente le condujera al fin allí, no pudiendo ménos de exclamar: «Nuestro Señor me aderece por su piedad á que halle este oro» (2).

Durante la noche trajeron las embarcaciones al notario y á los oficiales, enviados por el almirante al gran cacique Guacanagari. En su camino se les presentó una multitud de canoas con gentes, deseosas de conocer á los hombres celestiales que, conducidos á la residencia del rey, fuéron recibidos con gran pompa. El cacique, que sentía mucho no haber visto al almirante, le enviaba, esperando su visita, «loros y muchos pedazos de metal aurífero.»

El lunes 24 de Diciembre, al despuntar el día, se hizo á la vela el almirante con buen viento de tierra, gobernando al E. en dirección de las minas de oro indicadas, y con el objeto de visitar al paso á Guacanagari; pero el vien-

to amainó pronto, y se anduvo poco durante el resto del día. La *Niña* iba á media legua de distancia por la popa.

A eso de las once de la noche, como se sintiera Colon fatigado, porque durante dos días consecutivos y toda la noche anterior la afluencia de los indígenas, los regalos hechos y recibidos, los cambios á que tuvo que atender, las preguntas á los intérpretes, sus respuestas, verdaderos enigmas, los mensajeros que era preciso escuchar, los que necesitaba expedir, la clasificación y conservación de los diferentes productos del país, que quería llevar á Castilla, sus ejercicios religiosos, sus observaciones sobre el terreno y el clima, y los múltiples cuidados del mando no le dejaron un minuto de reposo, cediendo á la necesidad bajó á su camarote y se acostó vestido en su litera. Para hacer esto debía estar muy tranquilo acerca de la situación del buque, como lo estaba en efecto, pues la mar se mantenía sosegada, navegaba por los parajes que las chalupas tenían sondados de días atrás y un oficial vigilaba el timón.

Mas, á pesar de la prohibición reiterada durante el viaje de no abandonar la caña á los novicios, no bien se hubo recogido el almirante, el oficial de guardia hizo otro tanto; una hora más tarde, el timonel cedió su puesto á un mozo, yéndose á su hamaca, y la guardia entera se entregó al sueño. A su vez se quedó dormido el mozo y la *Santa María* se fué insensiblemente inclinando, impelida por la corriente, hácia un banco de arena. A una legua de distancia se oían las rompientes; pero tan profundo era el sueño de la tripulación que no se despertó sino á la voz del almirante, que á los primeros gritos del mozo, alarmado del ruido, saltó de su litera y subió á cubierta para remediar el siniestro, ántes que ninguno pensara que hubiesen varado. En un abrir y cerrar de ojos acudieron los pilotos con el contra-maestre que le tocaba estar de guardia aquella noche.

Mandó Colon echar al agua la canoa que pendía de los pescantes de popa de la *Santa María*, cargarla con un ancla, é ir á echarla á cierta distancia por la popa. El contra-maestre

(1) Domingo 23 de Diciembre.

(2) Domingo 23 de Diciembre.